

## EL PROFETA DANIEL

Daniel –a diferencia de Isaías, de Jeremías y Ezequiel- no nos es conocido a través de sus propias confidencias. Sabemos de su vida por un relato hecho en tercera persona. Texto difícil, cuyas partes fueron escritas, una en hebreo, otra en arameo y la última en griego.

Históricamente, el Libro de Daniel presenta serias incorrecciones: Baltasar un sucedió a Nabucodonosor. Éste, por su parte, nunca cayó en la locura (fue uno de sus sucesores, Nabónido, quien por siete años perdió la razón); Darío, el Meda, vencedor de Babilonia, es desconocido, y no puede identificarse con el gran Darío, puesto que éste era persa y reinó varios años después de la caída de Babilonia.

No se puede negar, sin embargo, que Daniel, a través de los episodios en que figura como héroe, aparece ante nuestros ojos como un personaje viviente. Lo vemos en las páginas de la Biblia tal como lo representó Miguel Ángel en la Capilla Sixtina: joven y fervoroso, de aire grave.

Daniel formaba parte de un grupo de cuatro jóvenes israelitas, de estirpe real o de noble familia, sin defecto corporal, de buen parecer y diestros en toda la sabiduría, a quienes Nabucodonosor había hecho llevar a la corte para que, después de aprender la lengua y la escritura caldeas, estuviesen como sabios a su servicio.

La sabiduría antigua no operaba sin dones singulares. Daniel recibió de Dios una sabiduría superior a la de todos los sabios caldeos. Explicaba los sueños como lo había hecho José al Faraón. Nabucodonosor hizo venir a sus sabios para que le interpretasen uno que le inquietaba de manera especial. Bajo pena de muerte, los conminó no sólo a que descifrasen el sueño sino a que adivinasen lo que había soñado. Como los sabios expresasen que lo que pedía era imposible, Nabucodonosor los condenó a muerte. Daniel, para salvar a los sabios, logró que se le permitiese atender la petición del rey; después de orar con sus compañeros, compareció ante Nabucodonosor, le adivinó el contenido de sus sueños y lo interpretó, anunciándole la sucesión y ruina de los grandes imperios –Ciro, Alejandro, Roma- y finalmente el advenimiento del imperio mesiánico. Lleno de admiración, el rey lo colmó de honores.

Pero muchos adversarios lo acechaban. En cierta ocasión, fue a sus amigos y compañeros a quienes se acusó de lesa majestad porque se habían rehusado a adorar la imagen del monarca, y se les condenó a perecer en las llamas de un horno. Un ángel apartó de los amigos de Daniel las lenguas del fuego y éstos, indemnes, estuvieron cantando en el horno las glorias del Creador. En otra ocasión fue a él mismo a quien sus adversarios hicieron arrojar al foso de los leones, acusado de desacato a la prohibición de adorar a hombre o dios que no fuese el monarca. El ángel de Yahvé cerró las fauces de los leones y éstos se echaron a los pies de Daniel. Por su parte, el rey tocado de un mal misterioso, vivió siete años demente, ramoneando las hierbas de las praderas, en castigo por no reconocer al Dios de Israel.

Pero no era sólo en estos hechos milagrosos donde el pueblo de Israel fincaba sus esperanzas. Daniel, en visiones análogas a las de Ezequiel, le anunciaba el fin de sus sufrimientos, el retorno al país de la felicidad, el perdón divino, la salvación. En setenta semanas [(siete años)] nacería el gran liberador de Israel, el ungido, el Mesías, el que grabará el sello a los pecados, expiará la iniquidad, instaurará la justicia eterna, pero cuya vida será suprimida. Visiones grandiosas en que el Hijo del Hombre surgirá en gloria, después de que los cuatro vientos del cielo hayan soplado en tempestad y de que las cuatro bestias simbólicas hayan salido del mar. Vendrá el gran justiciero, cuyo trono estará rodeado de llamas, un río de fuego correrá delante de él, millares de servidores se pondrán a sus órdenes y los libros serán abiertos.

Una noche en que Belsasar, sucesor de Nabucodonosor en el trono de Babilonia, celebraba un festín con sus mujeres y concubinas, bebiendo el vino en los vasos sagrados del templo de Sión, “dedos de una mano humana se pusieron a escribir en la cal de la pared del palacio real, detrás del candelabro, y el rey vio la mano que escribía. Belsasar cambió de color, sus pensamientos lo turbaron, las articulaciones de las caderas se relajaron y sus rodillas se pusieron a castañear”. (*Dan.*, V). Llamó a los adivinos y a los astrólogos. Ninguno supo leer lo escrito ni dar su interpretación. La reina sugirió llamar a Daniel. El profeta de Dios vino y habló. Las tres palabras trazadas sobre el muro blanco decían: *Mené, Tequel, Parsin*. Medido, pesado y dividido. “Dios ha medido tu reino y le ha puesto fin...; ha sido pesado en la balanza y encontrado falto de peso...; tu reino ha sido dividido y entregado a los medas y a los persas”. Esa misma noche Belsasar fue asesinado.